

dula, el auto de las Cortes de la Muerte, confirman su sentido macabro...

\*\*\*

Esto y el barco fantasma de Alicante (y mejor se dijera barco-infierno), han sido las notas terroríficas de esta quincena.

La civilización es cosa óptima, quién lo duda, pero todos sus medios de acción llevan envueltos peligros sin número, y las guerras, por el mismo adelante de las civilizaciones, son mil veces más horribles en su estrago.

Hay sin embargo que hacerle justicia a la ciencia, en el terreno importantísimo de la higiene. Con toda la sangre vertida; con todas las condiciones funestas de los campamentos, y todos los heridos y mal curados, aun, que sepamos, no se ha desarrollado la peste. El equilibrio sanitario persiste.

Se habla mucho de subsistencias, se teme que falte pan...; pero, a pesar de los contingentes indios, del lado oriental, ni la bubónica o *malalandre*, que tales destrozos hizo en Barcelona en el primer tercio del pasado siglo, ni el cólera morbo, ni siquiera la insidiosa disenteria militar han asomado, que sepamos (por ahora, y en buen hora se diga, pues era lo que faltaba, y para esto no valen neutralidades).

Algo es algo. Malo será que falte trigo o centeno: la peste es sin duda lo peor.

Y sólo la desinfección y la asepsia, esos dos mágicos procedimientos, gloriosa conquista de nuestra edad, han podido realizar el milagro.

\*\*\*

En Francia se ha adoptado una medida que es muy contraria al espíritu de aquella nación, de lo cual deduzco que urgentes necesidades la habrán dictado.

Ese país, que ha tenido siempre el mayor empeño en atraer a los extranjeros, a los turistas, a la población flotante, vuelve a poner en vigor los arcaicos pasaportes...

Esto de pasaportes evoca recuerdos de novelas románticas y sillas de posta, con muchos cascabeles. Sólo que, como en algo ha de conocerse el progreso, hoy los pasaportes tienen que ir acompañados de una fotografía del titular, timbrada por el comisario de policía.

El pasaporte es una cosa que ahora se llama *«permis de séjour»* y el que no lo tenga, será desde luego sospechoso de espionaje.

Claro es que las tranquilas desalientan a los viajeros.

Yo, verbigracia, deseaba irme a París unos días, para combatir el abatimiento que llevan en pos los sucesos tristes, no con las diversiones, que ni busco ni hay en el momento presente, sino con el estudio de la fisonomía de la gran capital en estos momentos, habiendo podido apreciarla en otros muy interesantes, poco después del «desastre». Pero tanta precaución dice a las claras que siempre le pueden tomar a uno por lo que no es, y darle un rato negro...

\*\*\*

En cambio, insisto en ello, la salud no corre riesgo en los países beligerantes.

En Francia, por lo menos, no sólo no hay incremento de enfermedades, sino que en los hospitales de París ha disminuido el número de enfermos con relación a otros años. Ello parecerá extraño, pues hasta de pena cabría enfermar, a estas alturas; y sin embargo, es cierto, según el relato del profesor Chantemesse, de la Academia de Medicina.

Dice este doctor que ha menguado la mortalidad de las madres jóvenes, de los niños de pecho, y que se registraron menos casos de criaturas que nacen muertas y hasta de criaturas abandonadas. Y yo me acuerdo de Tolstoy, que achacaba muchos males de Francia a la importancia excesiva concedida a la cuestión amorosa. ¿No será que este año se piensa menos, preocupa menos el goce y la emoción amorosa, y hay otra preocupación dominante, más sana, más fuerte?

Otro doctor, director de la Higiene y la Asistencia públicas, afirma a su vez que las enfermedades contagiosas están disminuyendo. La viruela, que en 1870 hizo en el ejército tantas víctimas, casi ha desaparecido. Otro tanto pasa con la difteria, gracias al suero del Instituto Pasteur. La neumonía ha sido muy benigna. Y la meningitis cerebro-espinal, propia del ejército, se ha combatido con éxito feliz, sin que se haya propagado a la población civil.

El Instituto Pasteur está preparando la defensa contra el cólera, que supone emboscado en el teatro

oriental de la guerra, en acecho para salir extendiendo su garra amarilla cuando llegue el calor. Se hace gran provisión de vacuna anticolérica, y se extreman las vigilancias para el aislamiento. En cuanto al tifus, o fiebre tifoidea, también parece más benigna desde la guerra acá.

La vacuna antitífica que hoy se emplea puede haber contribuido a este resultado. La guerra actual ha sido la piedra de toque del valor de este descubrimiento. Los franceses se enorgullecen de él y aseguran que los alemanes se lo han fusilado. ¡Hasta a los descubrimientos fusilados! Diría mi amigo el francófilo Alvaro Alcalá Galiano, que acaba de publicar un folleto muy curioso acerca de la cuestión palpitante...

Y el doctor francés se apresura a añadir que Inglaterra ha comprendido mejor que Francia esta cuestión de la vacuna antitífica; que sólo un soldado inglés vacunado ha muerto de tifus en toda la campaña, y que la vacuna empleada por los ingleses, y que se llama *vacuna calentada*, es mejor que el procedimiento análogo francés.

Apuntémosle pues a la ciencia un buen tanto, y hasta otro a la guerra, porque desarrolló en el espíritu público una fe creciente en el empleo de preservativos e inoculaciones, así como sus exhortaciones y enseñanzas ayudaron a desterrar en grandes proporciones el alcoholismo, origen de tantas enfermedades, y destrucción segura de la patria, dice el ilustre médico.

Más confianza que las vacunas, y la ciencia me lo perdona, tengo en esa supresión. El alcohol es el enemigo malo. La mayoría de los crímenes se cometen bajo el influjo del alcohol. Esto será una moral vulgar, rutinaria, trillada; pero tan cierta, que no conviene cesar de inculcarla.

No sólo el alcoholismo como vicio, sino el alcohol como entretenimiento, hay que proscribir. Sin ser borracho, se puede incidir en abuso de alcohol, por afición a esos licoritos gratos, crema de café, anisados diferentes, chartreuse, coñac, que acompañan al café y hacen ruidosas las sobremesas, agrias las disputas. Porque el alcohol, cuya acción sobre el sistema nervioso nadie podrá poner en duda, alborota, y lo que parece animación, es en realidad excitación malsana.

Pero ¿quién censura este gusto, este goce bonachón de la copa, de las copas mejor dicho, pues rara vez hay límite? Y no sobreviene nada que se parezca a la vulgar pítima; no por cierto. Ningún trastorno visible acarrea el licor; todo se reduce a un poco de charla más o menos vibrante, entre comensales, o en las mesas de los clubs y cafés. Pero, en las venas y en las arterias, la sangre comienza a irregularizar su curso, la red se pone cristalina, perdiendo su elasticidad. Una vena de la sien se hincha. Un día, la arterioesclerosis se declara...

¡No bebamos más que agua, y en el verano, limonada, grosella!...

\*\*\*

La naranja, la poma de oro de las Hespérides, este año anda por los suelos.

En el Mercado de la Cebada, he visto montones de seras, de las cuales rebosaba el fruto, ofrecido a precios increíbles.

No hay exportación y agoniza esta bella industria, tan poética. El pueblo bajo de Madrid, en vista de las circunstancias, se dio a comer naranjas, y las calles se alfombraron de cáscaras, que los barrenderos no se dieron prisa alguna a recoger.

Y cuenta que no hay nada tan peligroso como una cáscara de naranja en plena vía pública. Resbalón, y pierna rota.

¡Y vean ustedes cómo la guerra influye en todo! Va a desterrarse, por la guerra, una de las modas más dañinas, la de los cuellos almidonados, causa de congestiones a la cabeza y de furúnculos.

No quieren los alemanes que se gaste una forma del trigo, el almidón, en una fruslería como ésa, y hacen bien, pues era un suplicio el tal cuello tieso y duro.

Además, ¡qué antiestético!

¿Por qué no tendrían los hombres un rasgo de elegancia, y sustituirían el almidón con el encaje, tan bonito, fino y aristocrático?

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Este año son tales y de tal magnitud las catástrofes y fieros males que dondequiera acaecen, que ya no se les da importancia ninguna.

¿Sesenta mil hombres hechos cisco? Bueno. ¿Veinte ciudades assoladas por un terremoto? Caramba, vaya por Dios. ¿Quince enormes barcos a pique? ¡Qué le haremos!

Así es que si un tren es aplastado por un derrumbamiento de tierras, y bajo sus astillados vagones perecen veinte o treinta seres humanos y salen mechados otros veinte, casi no nos parece cosa digna de parar en ella la consideración.

¿Qué significa semejante calamidad, al lado de las legiones de hambrientos, las zonas de incendios, la sangre enrojeciendo literalmente los ríos, y el frío dejando sin manos ni pies a miles de hombres jóvenes y fuertes?

¡Y sin embargo, cuánto horror en el trágico descarrilamiento de Frieira y Filgueira!

La tierra, empapada de agua por las tercas lluvias, al estremecerla el paso del tren, oscila y se viene abajo, como un alud, y la máquina, arrastrada por su propia velocidad, gatea por el montón de piedra y terrones, llevándose al convoy entero, y montando como furiosos dragones, los coches, unos sobre otros.

Informe hacinamiento de madera, hierro y acero, encierra en su entrada a unos cuantos infelices, los menos desdichados, muertos del primer golpe, y otros, vivos o semivivos, asaetados por largas astillas que penetran en sus carnes, sin poder valerse, en la suprema angustia de la impotencia, ignorando lo que ha sido de los suyos...

Todos los que me han hablado de catástrofes ferroviarias expresaron igual terror, un sentimiento como de espanto frío, ante la brutalidad de la materia, esa ley de gravedad que es la mayor de las fatalidades físicas.

Nunca advierte el hombre su pequeñez como en casos tales.

Débil, inerte, «caña que piensa», como dijo el filósofo, al contacto de lo inerte cae hecho añicos... ¡Pobre humanidad!

¡Y, tan débil como es, sólo piensa en destrozarse!

\*\*\*

En ese tren pulverizado o poco menos, viajaba una compañía de zarzuela, que iba a actuar en un pueblo no muy grande.

En la localidad, es una racha alegre la llegada de la compañía. Las señoritas preparan sus trapos de cristianar; los hombres limpian los gemelos para mejor detallar los encantos de las actrices.

Se discute el elenco, se discute el repertorio, se discute el género, se preocupan los ánimos, por un instante, con algo que no es el alza de los trigos ni las candidaturas de diputados provinciales.

Hay su poco de afán artístico, y si la compañía, como esta vez, es lírica, hay aficionados que se preparan a oír *Las golondrinas* o *Maruxa*, las novedades, en fin.

Por su parte, el empresario calcula. ¿Cuántos llenos, cuántos? Tal vez hablan de eso en el mismo vagón, entre el humo del cigarro de los varones y las risas de las señoras, que comentan el olvido de un saco en la última fonda, lo caro de la cuenta, un abuso...

Y de súbito, el crujido, el estallar bárbaro de maderas y metales, los gritos, los ayes, el fragor de la caída...

La suerte se ensañó más con la mísera compañía, que con los restantes viajeros. El carro de la farán-